

masia, y se apagaría el amor en los remordimientos. ¿No vale más apurar un afecto tan precioso para hacerle duradero? no vale más conservar cuanto más dulce en él había? Si, digno y buen amigo mío, para amarnos siempre es preciso que renunciemos uno á otro. Olvidémonos de todo lo demás, y sea V. amante de mi alma. Tan grata es esta idea que consuela de todo lo demás.

Esta es la fiel imagen de mi vida, y la historia ingenua de todo cuanto en mi corazón ha sucedido. No dude V. que le quiero y siempre le querré. El afecto que con V. me estrecha es todavía tan tierno y tan vehemente, que pudiera sobresaltar á otra, pero yo he conocido uno tan distinto que no puedo desconfiar de este. Conozco que ha mudado de naturaleza, y en esto á lo menos mis yerros pasados motivan mi actual confianza. Sé que las reglas del bien parecen, y una virtud de ostentación exigirían todavía más, y no se contentarían hasta que me olvidase totalmente de V.; pero creo que tengo una regla más infalible, y esa es la que sigo. Consulto en secreto mi conciencia; esta de nada me acusa, y nunca engaña á una alma que con sinceridad le da oídos. Si no basta esto para justificarme con el mundo, basta para mi propia tranquilidad. ¿Como se ha efectuado tan feliz mudanza? Lo ignoro: lo que sé es que la he deseado con todas veras, y Dios solo ha hecho lo demás. Yo pienso que una alma estragada una vez, lo está para siempre, y nunca vuelve al bien por sí misma, á menos de una revolución repentina; de una pronta mutación de suerte y estado que subitamente varia todas sus relaciones, y con un trastorno violento la ayuda á encontrar mejor colocación. Interrumpidos sus hábitos todos, y modificadas todas sus pasiones en esta universal catastrophe, vuelve á veces á su primitivo carácter, y se convierte, por decirlo así, en un ser nuevo recién salido de manos de la naturaleza. Entonces puede servir de preservativo contra una recaída la memoria de la pasada baja. Ayer eramos flacos y despreciables; y hoy somos fuertes y magnánimos.

Contemplándose en épocas inmediatas de dos tan distintos estados, se conoce más bien el valor de aquel á que uno ha subido, y se pone más atención en mantenerse en él. Mi casamiento ha caído en mí una crisis parecida á lo que procuró explicar á V. Este vínculo tan temido me libra de una esclavitud mucho más temible, y quiero más á mí esposa por haberme restituido á mí misma.

Estábamos V. y yo muy tuidos para que se destruya nuestra unión por haber mudado de especie. Si pierde V. una amante tierna, grangea una fiel amiga, y cualquiera cosa que durante nuestras ilusiones hayamos dicho dudo que no sea ventajoso á esta mudanza. Ruegole á V. que se aproveche de ella, ya como para ser mejor y más virtuoso, ya para apurar con la moral cristiana las lecciones de la filosofía. Nunca será feliz sin que también V. lo sea, y más que nunca conozco que sin virtud no hay felicidad. Si me ama V. de veras, déme el dulce consuelo de ver que no menos van acordados nuestros corazones en su conversión al bien que lo fueron en sus extravíos.

Creo que no necesita apología esta larga carta; si quisiera menos á V. sería más corta. Antes de concluirla tengo que pedir á V. un favor. Mi corazón está agobiado con un cruel peso. El señor de Wolmar ignora mi pasada conducta, y es parte de la fidelidad que le debo una sinceridad sin reserva. Cien veces se lo habría yo confesado todo; solo V. me ha detenido. Aunque conozco la prudencia y moderación del señor de Wolmar, siempre es comprometer á V. el nonabrarle, y no he querido hacerlo sin su consentimiento. ¿Sería disgustar á V. el pedirsele? y presumo mucho de V. á de mí fisonjeándome de alcanzarle? Suplico á V. que considere que no puede ser inocente esta reserva, que cada día es más cruel para mí, y que hasta que reciba la respuesta no tendré un instante de sosiego.

CARTA XIX.

RESPUESTA.

¿Y no sería V. ya mi Julia? Ah! no

diga tal, digna y respetable muger; más que nunca lo es V. ahora. V. es la que los homenajes de todo el universo merece, V. la que yo adoré desde que empecé á sentir la verdadera belleza, V. la que no cesaré de adorar aun después de la muerte, si todavía queda en mí alguna memoria de los atractivos verdaderamente celestiales, que mientras fui tonto la prendaron. Ese donado esfuerzo que la restituye á V. á toda su virtud no hace otra cosa que asemejar más á V. consigo propia. No, no; cualquiera que sea mi suplicio en pensarlo y decirlo, nunca fue V. más bien mi Julia que en el instante que de mí renuncia. Ay! perdiéndola á V. la he recobrado. Pero yo cuyo corazón con solo el proyecto de imitar á V. se estremece; yo trabajado de una delincente pasión que ni puedo sufrir ni vencer, ¿soy el que pensaba era merecedor de agrandar á V.? que derecho tenía para importunarla con mi desesperación y mis quejas? ¡Cierto, me estaba bien atreverme á suspirar por V.! ¡mi que era yo para amarla?

¡Insano! como si no bastara con mis afrentas voy en demanda de otras nuevas! ¿A que viene apreciar diferencias que el amor había borrado? Amor me encumbraba, me igualaba con V.; su llama me sustentaba; se habían confundido nuestros corazones, reciprocos eran todos nuestros afectos, y participaban los míos de la altura de los de V. ¡Así he recaído en toda mi baja! dulce esperanza que mi alma alimenta, que tanto tiempo me engañaste, para siempre estás estinguida sin remedio! No será mía! para siempre la he perdido! ¡hace la felicidad de otro!... ó rabia! ó tormento infernal!... ¡Infiel! ah! debías tú... Perdon, perdon, señora; tenga V. lastima de mis furiosos. Oh Dios! muy bien ha dicho V., ya no existe... ya no existe aquella tierna Julia con quien podía yo comunicar todos los movimientos de mi corazón. ¡Que, yo me tenía por infeliz y podía quejarme!... podía ella escucharme! yo era desdichado!... ¡pues que soy ahora?... No, no haré sonrojar á V. más, ni de V., ni de mí. Esto se acabó, preciso es renunciar uno á otro

preciso es dejarnos; la misma virtud ha dictado el fallo, y la mano de V. ha podido escribirle. Olvidémonos... olvideme V. á lo menos: lo he resuelto, y lo juro; no hablaré más á V. de mí.

¿Me atreveré á hablar aun de V. y á conservar el único interés que en el mundo me queda, el de su felicidad? Pintándome la situación de su alma nada me ha dicho V. de su suerte. Ah! en pago de un sacrificio que V. sabrá apreciar, saqueme de esta insufrible duda. ¿Julia, es V. feliz? Si lo es deme el único consuelo de que sea capaz mi desesperación; si no lo es dignese por lastima de darme, y seré yo menos tiempo desventurado.

Cuanto más en la confesión que V. medita reflexiono, menos en ella puedo consentir; y el mismo motivo que me privó siempre de valor para negar á V. nada me hace inexorable en este caso. El asunto es de la más grave importancia, y exhorto á V. á pesar mis motivos. Lo primero me parece que su mucha delicadeza de conciencia la engaña á V. en esta parte, y no veo con que fundamento pudiera exigir la virtud más austera semejante confesión. Ninguna obligación del mundo puede tener efecto retroactivo. No es posible obligarse á lo pasado, ni prometer lo que ya no puede uno cumplir; ¿porque se ha de deber á uno á quien se empeña su libertad cuenta del uso anterior que de ella se hizo, y de una fidelidad que no se le ha prometido? No se equivoque V., Julia, no ha sido con su esposo con quien faltó á su fe, sino con su amigo: antes de la tiranía de su padre nos habían unido uno á otro el cielo y la naturaleza. Contrayendo otros vínculos ha cometido V. un delito que acaso ni el amor ni el honor perdonan, y á mi solo compete reclamar la prenda que me ha robado el señor de Wolmar.

Si hay casos en que pueda la obligación exigir confesión semejante, es cuando el riesgo de recaer fuerza á una muger prudente á precaverse para preservarse. Pero su carta me ha dado más luces de lo que V. cree acerca de su sentir en esta parte. Al leerla he sentido

en mi corazón cuanto hubiera execrado el suyo, aun en el seno del amor, un trato culpado visto de cerca, y cuyo honor solo la distancia disminuía.

Si ni la obligación ni la honradez exigen esta confianza, la vedan la razón y el juicio; porque es arriesgar sin necesidad lo más precioso que en el matrimonio hay, el afecto de un esposo, la confianza reciproca y la paz domestica. ¿Ha reflexionado V. lo suficiente para dar ese paso? conoce V. lo bastante a su marido para estar cierta del efecto que en él producirá? sabe V. cuantos hombres hay en el mundo que no necesitarían más para concebir desenfrenados zelos, y un desprecio invencible de su muger, y acaso para atentar a su vida? Para examén tan delicado es menester combinar bien los tiempos, los lugares y los genios. En el país donde yo estoy no tienen peligro ninguno semejantes confianzas, y los que tan por encima miran la fe conyugal no hacen mucho aprecio de los yerros que al contrato precedieron. Dejando aparte motivos que hacen a veces indispensables estas confesiones, conozco yo a mugeres menos que medianamente estimables, que con poco riesgo se han graugreado el mérito de esta sinceridad, acaso para adquirir una confianza de que pudieran abusar cuando quisiesen. Pero en países donde se respeta más la santidad del matrimonio, en países donde este sagrado lazo forma una unión sólida, y donde tienen verdadero cariño los maridos a sus mugeres, les piden aquellos más severa cuenta, quieren que solo a ellos hayan tenido sus corazones un tierno afecto, y usurpando un derecho que no les compete, exigen que de ellos solos sean aun antes de pertenecerles, no perdonando más el abuso de la libertad que una infidelidad real.

Creame V., virtuosa Julia, desconfie de un celo tan inútil como infructífero, y guarde un peligroso secreto que nada a que lo revele la obliga, cuya comunicación puede perderla, y de nada sirve a su esposo. Si es digno de esta confesión contrista V. su ánimo, y le aflige sin motivo. Si no es digno de ella, ¿por-

que le quiere V. dar pretexto para que la maltrate? Que sabe V. si su virtud que contra los embates de su corazón se ha sustentado, también contra pesares domésticos que cada instante renaciesen se sustentaría? No empese V. voluntariamente sus males: tema que sean más fuertes que su valor, y que a fuerza de escrúpulos recaiga en un estado peor que aquel de que con tanto afán ha salido. La prudencia es la base de toda virtud; consúltela V. por su vida en el más importante lance de ella, y si tan insufrible es para V. el peso de ese fatal secreto, aguarde a lo menos para exonerarse de él a que el tiempo y los años le hayan hecho conocer más a fondo a su esposo, y reúnan en el corazón de este con el efecto de la hermosura de V. el que es más eficaz todavía de las perfecciones de su carácter, y el dulce hábito de sentirlos. Finalmente cuando estas razones, aunque tan sólidas, no persuadiesen a V., no cierre el oído a la voz que se las espone. O Julia, escuche V. a un hombre capaz de alguna virtud, y que a lo menos es acreedor a que haga V. por él algún sacrificio en pago del que hoy él hace.

Es preciso concluir esta carta. No podría menos, bien lo veo, de volver a un estilo que ya no debe V. oír. Julia, es menester dejar a V.; todavía tan mozo es menester que renuncie a la felicidad; O tiempo que ya no has de tornar! tiempo para siempre ido, fúcate de perdurable desconsuelo! deliciosos, contentos, dulces éxtasis, deliciosos momentos, celestiales raptos! mis amores, mis únicos amores, honor y gloria de mi vida! A Dios para siempre.

CARTA XX.

DE JULIA.

ME pregunta V. si soy feliz. Esta pregunta me ha enternecido, y con hacérsela me ayuda V. a responder a ella, porque lejos de aspirar al olvido de que me habla, confieso que no pudiera ser feliz si dejara V. de amarme; pero lo diré a todas luces, y nada falta para mi dicha sino la suya. Si en mi anterior evité el

hablar del señor de Wolmar lo hice por contemplar con V., porque conocía sobrado su sensibilidad para no recelar el hacer más acerbas sus penas; pero la inquietud de V. acerca de mi suerte me obliga a hablarle de aquel de quien esta pende, y no puedo menos de hablar de un modo digno de él, como a su esposa y a una amante de la verdad conviene.

Tiene el señor de Wolmar cerca de cincuenta años; su vida uniforme, regular, y la calma de las pasiones han mantenido tan sana su constitución, y tan lozano su semblante, que apenas parece que tiene cuarenta; y de una edad avanzada solo hay en él la prudencia y la sabiduría. Su semblante es noble, y da de él una propicia idea, a primera vista se echa de ver su sinceridad sin doblez; son sus modales más urbanos que cariñosos; habla poco y con mucha profundidad, pero sin afectar concisión ni sentencias. Es uno mismo con todo el mundo, a nadie busca, y de nadie huye, ni otorga nunca otras preferencias que las de la razón.

No obstante su natural frialdad, acorde con los deseos de mi padre, creyó que yo le convenía, y por la vez primera de su vida sintió una inclinación. De tal modo ha regulado por el bien parecer, y con tal igualdad ha mantenido este gusto, moderado si pero duradero, que no ha necesitado mudar de estilo cuando ha mudado de estado, y que sin faltar a la gravedad conyugal conserva conmigo después del matrimonio los mismos modales que antes usaba. Nunca le he visto alegre, ni triste, pero siempre contento; nunca me habla de él, raras veces de mí; no me busca, pero no siento que yo le busque, y me deja de mala gana. No se rie; es serio sin infundir seriedad, y al contrario la serenidad de su semblante parece que me convida a alegrarme; y como los placeres que yo disfruto son los únicos que parece que le llenan, una de las atenciones que le debo es procurar divertirme. Quiere en una palabra que sea feliz; no me lo dice, pero lo veo yo; y quien quiere la felicidad de su muger no la tiene ya alcanzada?

Aunque le he observado con mucho cuidado, no he podido descubrir en el pasion de especie ninguna, como no sea la que me tiene, y aun esta es tan serena y templada, que diría uno que solamente ama cuanto quiere amar, y que aquello solo quiere que le permite la razón. Es en realidad lo que cree milord Eduardo ser; y en esto le encuentro muy superior a todos nosotros, personas sensibles, que tanto de nosotros mismos nos admiramos; porque el corazón de mil maneras nos engaña, y solo en virtud de un principio siempre sospechoso obra; pero la razón no lleva otro fin que lo que es bueno; sus reglas son ciertas, claras y fáciles en la conducta de la vida, y nunca se estravía como no sea en inútiles especulaciones que estan fuera de su alcance.

La mayor afición del señor de Wolmar es la de observar: gusta de juzgar de los caracteres de los hombres y de las acciones que ve hacer, y juzga con profundo juicio y la más perfecta imparcialidad. Si le hiciera daño un enemigo ventilara los motivos y los medios con tanta serenidad como si de la cosa mas indiferente se tratase. No sé como ha oído hablar de V.; pero el propio me ha hablado muchas veces con mucho aprecio, y sé que es incapaz de disimular. Alguna vez me ha parecido que me observaba durante estas conversaciones, pero es presumible que mis sospechas no sean otra cosa que la acusación secreta de una conciencia sobresaltada. Sea como fuere, yo he cumplido con lo que debía; ni el temor, ni la vergüenza me han inspirado una injusta reserva, y he hecho justicia a V. hablando con él, como a él se la hago hablando con V.

Se me olvidaba hablar de nuestro caudal y su gestión. Las reliquias de los bienes del señor de Wolmar, juntas con los de mi padre, que solo una pensión para sí ha conservado, componen una hacienda decente y moderada, de que hace mi marido un noble y prudente uso, manteniendo en casa no el tren incommo y vano del lujo, sino la abundancia y las verdaderas comodidades de la vi-

da (r), y lo necesario en casa de sus vecinos indigentes. El orden que en su casa ha establecido es imagen del que en lo interior de su alma reina, y parece que en una reducida familia imita el que al gobierno del mundo preside. No se ve ni aquella regularidad inflexible que es mas incómoda que provechosa, y solo puede aguantar el que la impone, ni aquella mal entendida confusión que por amontonar mucho priva del uso de todo. Siempre se reconoce la mano del amo, y nunca se la siente, y ha dispuesto tan bien la coordinacion primera que ahora todo anda por sí solo, y se disfruta de consuno de la regla y de la libertad.

Esta es, amigo mio, una sumaria pero puntual idea del caracter del señor de Wolmar, en cuanto le he podido conocer desde que con él vivo. Así me pareció el día primero, y así me parece el último sin alteracion ninguna; lo cual me hace creer que le he calado bien, y que nada mas me queda que descubrir en él; porque imagino que no se puede manifestar bajo otros aspectos nuevos sin perder de su merito.

Por esta pintura puede V. de atemornarse la respuesta, y me despreciaría mucho quien no me creyera feliz con tantos motivos para serlo (2). Lo que por mucho tiempo me ha engañado, y lo que

(1) *No hay asociacion mas general que la de la mezquindad con la ostentacion. A costa de la naturaleza de los verdaderos placeres, y hasta de las necesidades se ahorra cuanto á la opinion se consagra. Hombre hay que adorna un palacio á costa de su mesa; otro quiere mas bien una brillante vajilla que una buena comida, y otro da un día un espléndido banquete de ceremonia, y se muere de hambre lo demas del año. Cuando veo un servicio de plata dorada aguardar un vino peor que vinagre; y cuantas veces en una quinta, la vista de un hermoso jardín convida á pasearse por la mañana temprano! se levanta uno de madrugada, da un paseo, hace gana, quiere almorzar, y está fuera el cocinero, ó no hay provisiones, ó no ha dado orden la señora, ó le fastidiaba al pobre hambriento haciéndole aguardar. Algunas veces le ganan á uno por la mano, y vienen á ofrecerle pomposamente de todo á condicion que no admitta nada. Es monester estar en ayunas hasta las tres de la tarde, ó desayunarse con flores. Me acuerdo de haberme paseado en un hermosísimo jardín, cuya ama decian que era muy aficionada á café y no le tomaba nunca, porque costaba seis cuartos la jicara; pero daba con mucho amor mil ducados al año á un jardinero. Yo creo que mas hubiera querido que estuvieran mis carpes mas mal podados, y tomar mas veces café.*

(2) *Es de presumir que aun no habia descubierto el fatal secreto que tanto la atormentó despues, ó que no quiso entonces fiarsele á su amigo.*

acaso engaña á V. todavía es la idea de que es necesario el amor para formar un matrimonio feliz. Es un error, amigo mio; la honradez, la virtud, y ciertas concurrencias, no tanto de edad y clase como de condicion y genio, bastan entre dos esposos; lo cual no estorba que resulte de esta union un afecto muy tierno, que sin ser precisamente de amor no es menos dulce ni menos duradero. El amor va siempre acompañado con una continua inquietud de celos y privacion que no dice bien con el matrimonio el cual es un estado de paz y satisfaccion. Los esposos no se casan para pensar exclusivamente uno en otro, sino para cumplir de consuno las obligaciones de la vida civil, gobernar con prudencia su casa, y criar bien á sus hijos. Los amantes nunca miran mas que á ellos, sin cesar se ocupan en ellos solos, y la única cosa que saben hacer es amarse; pero no hasta esto para los esposos que tienen que desempeñar otros cuidados. No hay pasion que tanta ilusion como el amor nos cause; atribuimos á señal de su duracion su violencia, y rebosando el corazon en tan dulce afecto, le derrama, por decirlo así, en el tiempo venidero, y mientras que dura se cree que no ha de acabarse nunca. Muy al contrario su mismo ardor es quien le consume, con la modestad

se gasta, con la beldad se borra, bajo el hielo de la edad se apaga, y desde que el mundo es mundo nunca se han visto dos amantes con canas suspirar uno por otro. Debemos por tanto pensar que ha de cesar la adoracion tarde ó temprano, y entonces, derribado el idolo, ambos amantes se ven como ellos son: buscan pasmados el objeto que amaban, y no encontrándole se enojan contra el que le ha sustituido, y muchas veces le afean tanto la imaginacion como le habia hermosado. Pocos hay, dice La Rochefoucault, que no tengan vergüenza de haberse amado cuando dejan de amarse (1). ¿Cuanto es de temer que se siga el hastio á afectos en extremo vehementes; que en vez de declinar en indiferencia degeneren en repugnancia, que se hallen en fin totalmente ahitos uno de otro, y que por haberse amado en demasia siendo amantes lleguen á aborrecerse esposos. Mi querido amigo, V. siempre me ha parecido muy amable, sobrado para mi inocencia y mi sosiego, pero siempre le he visto enamorado; ¿que sé yo que habiera sido cuando hubiera dejado de estarlo? Estinguo el amor siempre le hubiera quedado la virtud, así lo confieso; pero basta con ella para vivir feliz en un lazo que debe estrechar el corazon? ¿Cuántos sujetos virtuosos no por eso dejan de ser maridos inaguantables! En todo esto lo mismo puede V. decir de mí.

En cuanto al señor de Wolmar ninguna ilusion al uno de nosotros en favor del otro preocupa; nos vemos como somos; no es el afecto que nos une el ciego desvario de dos corazones apasionados, sino la inmutable y constante inclinacion de dos sujetos honrados y juiciosos, que destinados á vivir juntos lo que de vida les queda están satisfechos con su suerte, y procuran hacérsela grata uno á otro. Parece que aun cuando nos hubieran formado á proposito para unirnos no hubiera podido salir mejor. Si tuviera el corazón tan tierno como yo, no fuera

posible que tanta sensibilidad por una y otra parte no se chocase alguna vez, y resultasen de aquí contiendas. Si fuera yo tan tranquila como él, reinaria entre ambos sobrada frialdad, y la sociedad seria menos dulce y menos grata. Si no me amara estaríamos mal juntos, y si me amara en demasia me importunaria. Cada uno es justamente lo que necesita el otro; él me enseña y yo le animo, y parece que estamos destinados á no formar mas que una alma, en la cual él es el entendimiento y yo la voluntad. Hasta su edad algo avanzada es calidad que para ambos ha traído ventajas; porque es cierto que con la pasion que me atormentaba, si hubiera sido mas mozo, le hubiera dado mi mano con mas sentimiento todavía, y acaso este exceso de repugnancia hubiera estorbado la revolucion que en mí se ha hecho.

Amigo mio; el cielo alumbró la buena intencion de los padres, y remuneró la docilidad de los hijos. No quiera Dios que intente yo insultar los pesares de V.; solo el deseo de tranquilizarle enteramente acerca de mi suerte me empeña á que añada lo que á decirle voy. Cuando con los afectos que antes V. me inspiraba y los conocimientos que ahora tengo estuviere todavía libre, y con facultad de escoger marido, Dios que se digna de iluminarme, y que penetra lo recondito de mi corazon es testigo que escogeria al señor de Wolmar no á V.

Acaso importa para la entera sanidad de V. que acabe de decirle cuanto tengo en el corazon. El señor de Wolmar tiene mas edad que yo. Si en castigo de mis culpas se llevase el cielo al digno esposo que tan mal habia merecido, he hecho proposito firme de no reemplazarle nunca; y si no ha tenido la dicha de encontrar con una doncella casta, dejará á lo menos una casta viuda. Muy bien me conoce V. para creer que habiéndole hecho esta declaracion sea capaz de retractarme nunca (2).

(1) *Mucho estrañaria que en otra ocasion Julia leyese y citase á La Rochefoucault; nunca gustará su triste libro á las personas que tengan bondad.*

(2) *La variedad de las situaciones en que nos hallamos determina y muda contra nuestra voluntad las inclinaciones de nuestro corazon: seremos vi-*

Lo que para renovar las dudas de V. llevo dicho tambien puede servir para resolver en parte sus objeciones contra la confesion que en mi opinion à mi marido debo. Es muy prudente para castigarme si doy un paso afrentoso à que solo el arrepentimiento puede forzarne, y soy incapaz de usar el arte de las damas de que V. me habla como él de sospecharle en mí. En cuanto à la razon en que se funda V. para concluir que no es necesaria esta confesion, ciertamente es un sofisma; porque aunque no medie obligacion ninguna con uno que aun no es marido, no autoriza esto à pasar con él plaza de otra cosa de lo que una es. Esto lo habia yo conocido aun antes de casarme, y si el juramento à que me forzó mi padre me impidia cumplir con esta obligacion, no por eso soy menos culpada, porque si es delito hacer un juramento ilícito, es otro el observarle. Pero habia otra razon que no se atrevia à confesar mi corazon, y que todavia me hacia mas culpada. A Dios gracias esta ya no subsiste.

Un motivo mas legitimo y mas poderoso es el riesgo de turbar sin provecho el sosiego de un hombre de bien, que cifra su felicidad en la estimacion en que à su muger tiene. Es cierto que

ya no está en su mano romper el lazo que nos une, ni en la mia el habersido mas digna de él. Así con una impetente confianza aventuro el aligerarle en balde, sin que resulte otra ventaja de un sinceridad que la de aliviar mi corazon de un funesto secreto que es sobre él un enorme peso. Conozco que viviré mas tranquila despues de haberselo revelado, pero el acaso lo estará menos, y fuera reparar muy mal mis agravios el preferir à su sosiego el mio.

¿Pues que haré en la incertidumbre en que me hallo? Entretanto que me ilumina mas bien el cielo acerca de mi obligacion seguiré el dictamen de la amistad de V. guardaré el silencio, y callaré mis yerros à mi esposo, y procuraré borrarlos con una conducta que pueda un dia merecerme el perdon de ellos.

Para principiar tan necesaria reforma, tengo V. à bien, mi amigo, que cese de hoy mas toda correspondencia entre los dos. Si hubiese hecho mi confesion, el decidiria hasta que punto podemos mantener los afectos de la amistad que nos estrecha, y darnos pruebas inocentes de ella, pero no me atrevo à consultarle sobre este punto, y sé muy à mi costa hasta donde puede estraviarnos la costumbre mas legitima en apariencia. Ya es tiempo

ciosos y malos cuando tengamos interes en serlo, y por desgracia las cadenas que nos ciñen multiplican este interes en torno de nosotros. Casi siempre son vanos nuestros esfuerzos para enmendar el desorden de nuestros deseos, rara vez son sinceros. Lo que es necesario mudar no tanto son estos deseos como las situaciones de que se originan. Si queremos ser buenos quitemos las relaciones que nos impiden que lo seamos; no hay otro medio. Por cuanto hay en el mundo no quisiera yo tener derecho à la herencia de otro, especialmente de personas que estuviera obligado à querer; porque, ¿quien sabe que horribles deseos pudiera inspirarme la pobreza? Examinese por este principio la resolución de Julia, y la declaracion de ella que à su amigo hace; pesese esta resolución con todas sus circunstancias, y se verá como un corazon recto que duda de sí propio sabe, cuando es necesario, privarse de todo interes opuesto à sus obligaciones. Desde este punto, Julia, no obstante el amor que le queda, hace à sus sentidos partidarios de su virtud. Se fuerza, por decirlo así, à amar à Wolmar como à su unico esposo, como al unico hombre con quien ha de habitar mientras viva, y muda el secreto interes que en su muerte tenia en interes à su conservacion. O nada sé yo del corazon humano, ó de sola esta resolución tan criticada, pendió el triunfo de la virtud en todo lo restante de la vida de Julia, y el sincero y constante afecto que le conserva hasta el fin à su marido.

de tener juicio. No obstante la confianza de mi corazon no quiero ser ya juez en mi propia causa ni entregarme casada à la presuncion que me perdió siendo soltera. Esta es la carta postrera que recibirá V. de mí; y tambien le suplico que no me escriba mas. No obstante, como nunca dejaré de interesarme tiernamente en V., y como este afecto es tan puro como la luz que nos alumbra, tendria mucha complacencia en saber alguna vez noticias tuyas, y en ver que lograba la dicha de que es digno. Podrá V. de tiempo en tiempo escribir à la señora de Orbe, en los casos en que tenga algun suceso interesante que participarnos, y espero que sean sus cartas vivo retrato de la honradez de su alma. Por otra parte mi prima es virtuosa, y tan prudente que no me comunicaria lo que no me conviniere leer, y suprimiria esta correspondencia, si fuera V. capaz de abusar de ella.

A Dios, querido y buen amigo mio; si creyera yo que pudiese la fortuna hacer à V. feliz, le diria, aspire V. à la fortuna, pero acaso la menosprecia V. con razon poseyendo tantos tesoros para no necesitarla, y mas quiero decirle: aspire V. à la felicidad, que es la fortuna del sabio. Siempre hemos conocido que no la habia sin la virtud; pero cuidado con que esta voz de virtud, sobrado abstracta mas brillo que solidez no tenga, y no sea un ente teatral que valga mas para deslumbrar à los otros que para contentarnos à nosotros mismos. Me estremezco al pensar que sujetos que premeditaban adulterios en lo interior de su corazon eran osados à hablar de virtud. ¿Sabe V. que significaba entre nosotros tan respetable y profanado termino, mientras que estabamos empeñados en un trato culpado? pues era aquel desatinado amor que à otro entendia, y que sus rebatos con este santo entusiasmo disfrazaba para que fuesen así mas preciosos à nuestros ojos, y engañarnos mas tiempo. Ambos habiamos nacido, me atrevo à creerlo, para amar y ejercitar la verdadera virtud; pero nos equivocamos de norte, y seguimos una vana fantasma. Tiempo es

que cese la ilusion, tiempo es de volver de tan dilatado delirio. Amigo mio, esta conversion no será para V. dificultosa, tiene su guia dentro de sí propio; ha podido desconfiarse en consultarla, pero nunca la ha desechado. El alma de V. es sana, y coge apego à todo lo bueno; y si alguna vez del bien se desprende es porque no ha hecho uso de toda su fuerza para tenerle asido. Vuelva V. à entrar en lo interior de su conciencia, y examine si no hallará en ella algun principio olvidado que sirva para coordinar mejor todas sus acciones, y unir las con mas solidez entre sí y con un objeto comun. Creame V. que no basta con que la virtud sea la base de su conducta, como no asiente esta misma base en cimientos incontrastables. Auerdense V. de aquellos indios que dan por apoyo al mundo un inmenso elefante, y luego al elefante una tortuga, y cuando les preguntan en que estriba la tortuga no saben que responder.

Ruegole à V. que haga algun aprecio de las razones de su amiga, y escoja para llegar à la felicidad senda mas segura; que la que por espacio de tanto tiempo nos ha desearriado. Yo no cesaré de pedir al cielo para V. y para mi felicidad tan pura, y no vivire satisfecha hasta despues de haberla alcanzado para entrambós. Ah! si alguna vez contra nuestra voluntad se acuerdan nuestros corazones de los errores de nuestra mocedad, hagamos de manera que à lo menos la conversion à que havan dado motivo autorice su memoria, y que podamos, como aquel antiguo, decir: ¡Ay, pereciámos si no hubieramos perecido!

Aqui concluyen los sermones de la predicadora; en adelante le sobrará que hacer con predicarse à sí propia. A Dios, mi amable amigo, à Dios para siempre; así lo manda la inflexible obligacion; pero crea V. que no sabe el corazon de Julia, olvidar lo que quisiera Dios mio!... que hago? Bien lo verá V. por el estado de este papel. Ah, no es permitido enternecerse diciendo à su amigo el postrer vale...

CARTA XXI.

DEL AMANTE DE JULIA A MILORD EDUARDO.

— Si, Milord, verdad es, mi alma está oprimida con la carga de la vida; mucho tiempo ha que me es gravosa; he perdido todo cuanto me la hacía amar, y solo me quedan los sinsabores. Pero dicen que no me es lícito disponer de ella, sin orden del que me la dió, también sé que le pertenece à V. por mas de un motivo; dos veces me ha librado de la muerte su cuidado, y sin cesar me la conservan sus beneficios; nunca dispondré de ella sin estar cierto de que puedo hacerlo sin delito, ni mientras que me quede la mas leve esperanza de poder consagrarsela à V.

— Decía V. que me necesitaba. ¿porqué me engañaba? Desde que estamos en Londres, lejos de pensar V. en ocuparme en cosas de V., solo se ocupa en las mías. ¿Que de cuidados superfluos se toma V.!! Milord, bien sabe V. que mas que la vida aborrezco el delito, y que adoro al Ser eterno. Todo se lo debo à V., le amo, y no tengo otro vinculo que V. en la tierra: la amistad y la obligacion pueden encadenar en ella à un malhadado, pero no le detendrán pretextos y sofismas. Ilumine V. mi razon, hable con mi corazón, dispuesto estoy à oírle, pero acuerdese de que no se engaña la desesperacion.

— V. quiere razones; racionémos en buena. Quiere V. que se proporcione la madurez de la deliberacion con la importancia de la cuestion que se ventila; convengo en ello. Indaguemos la verdad con paz y sosiego, y tratemos la proposicion general, como si se hablara de otro. Robeck antes de quitarse la vida compuso la apologia del suicidio espontaneo. Yo no quiero hacer à ejemplo suyo un libro; ni tampoco estoy satisfecho con el que él hizo, pero en esta discusion espero imitar su sangre fria.

Mucho tiempo he meditado sobre este grave asunto, y debe V. saberlo pues conoce mi suerte, y estoy vivo! Cuanto mas reflexiono mas me convenció de que se ciñe la cuestion à esta proposicion

fundamental: es derecho natural buscar su beneficio y esquivar su daño en lo que à otro no se ofende. Así cuando es daño para nosotros nuestra vida; y no es beneficio para nadie es lícito librarse de ella. Si hay en el mundo maxima cierta y evidente, pienso que es esta, y si se consiguiera dar con ella al traste no hay accion humana que no se pueda achacar à delito.

— ¿Que dicen à esta nuestros sofistas? Primero consideran la vida como cosa que no es nuestra porque nos ha sido dada; pero justamente por eso que nos ha sido dada es nuestra. ¿No les ha dado Dios dos brazos? no obstante, cuando temen la gangrena, se cortan uno, y ambos si es necesario. La paridad es exacta para el que cree en la inmortalidad del alma, porque si sacrifico un brazo por conservar cosa mas preciosa que es el cuerpo; sacrifico el cuerpo por conservar cosa mas preciosa, que es mi bienestar. Si todas las dadas que nos ha hecho el cielo son naturalmente bienes para nosotros, sobrado sujetos estan à mudar de naturaleza; y añadido la razon à ellos para enseñarnos à discernirlos. Si no nos autorizase esta regla à elegir unos y desechar otros, ¿que uso tendria para los hombres?

— De mil maneras manejan objecion tan poco solida. Miran al hombre que vive en la tierra como à un soldado en centinela. Dios, dicen, te ha puesto en este mundo, ¿porqué sales de él sin licencia suya? Y à ti tambien te puso en tu pueblo; ¿porqué sales de él sin licencia suya? no es la licencia el hallarse mal? En cualquier sitio que Dios me ponga, ya sea en mi cuerpo ó en un pueblo, es para permanecer en él mientras me halle bien, y dejarle cuando me halle mal. Esta es la voz de la naturaleza y la voz de Dios. Es menester esperar la orden, convengo en ello, pero cuando me muero de muerte natural, no me manda Dios que deje la vida, sino que me la quita; haciendo que no la pueda sufrir me manda dejarla. En el primer caso resisto con todas mis fuerzas; en el segundo tengo el merito de obedecer.

— Cree V. que puedan hallarse hombres tan injustos que traten el suicidio voluntario de rebelion contra la Providencia, como si quisiera el suicidio sustraerse à sus leyes? No deja de vivir para sustraerse à ellas sino para ejecutarlas. ¿Que; se ciñe el poder de Dios à mi cuerpo? hay un solo lugar en el universo donde no esté sujeto à su potencia un ser existente? obrará menos inmediatamente en mi cuando apurada mi sustancia sea mas una y mas semejante à la suya? No; en su justicia y su bondad se cifra mi esperanza, y si creyera que pudiese la muerte sustraerme à su potencia, no querría morir.

— Este es uno de los sofismas del Fedon, lleno de mil verdades sublimes. Si tu esclavo se matase, dice Sócrates à Cebes, no le castigarías, si te fuera posible, por haberte privado injustamente de tu peculio? Buen Sócrates, que nos dices? no pertenecen à Dios los muertos? No es nada de eso; lo que se debía decir era: si cargas à tu esclavo de un vestido que le incomoda para desempeñar los ministerios que le has encomendado, le castigarás por haberse quitado el vestido para servirte mejor? El error capital es suponer la vida mas importante de lo que ella es, como si pendiese de ella nuestro ser, y nada fuésemos despues de muertos. Nada es nuestra vida à los ojos de Dios, nada à los de la razon, nada debe ser à los nuestros; y cuando dejamos nuestro cuerpo no hacemos mas que quitarnos un vestido incomodo. ¿Merece eso que metamos tanto ruido? Milord, estos declamadores estan de mala fe, absurdos y crueles en sus racionios, agravan este pretension delito, como si nos quitaran la existencia, y le castigan como si existieramos eternamente.

— En cuanto al Fedon, de donde han sacado el unico argumento especioso que hayan alegado, esta cuestion está tratada con mucha ligereza, y como de paso. Condenado por una sentencia inicua à perder la vida dentro de pocas horas, no necesitaba examinar con mucha atencion Sócrates si tenia facultad para disponer de ella. Suponiendo

que haya en realidad hecho los razonamientos que pone Platon en su boca, crea V. Milord, que con mas atencion los hubiera meditado, si hubiera llegado el caso de ponerlos en practica; y prueba de que de esta obra inmortal no se puede deducir prueba ninguna contra el derecho de disponer de su propia vida es que Caton le leyó dos veces todo entero la misma noche que dejó la tierra.

— Preguntan estos mismos sofistas si puede nunca la vida ser un mal. Si se contempla la muchedumbre de errores, tormentos y vicios de que abunda, mas antes podria preguntarse si es alguna vez un bien. Sin cesar sitia el delito al varon virtuoso; cada momento de su vida está à pique de ser victima del malo, ó tornarse el propio malo. Pelear y padecer es su destino en este mundo; obrar mal y padecer el del malvado; en todo lo demas son diferentes; las miserias de la vida son la unica cosa que los iguala. Si necesitare V. autoridades y ejemplos, le citaria oraculos, respuestas de sabios, y acciones virtuosas remuneradas con la muerte. Dejemos todo eso, Milord; hablo con V. y le pregunto: ¿cual es en la tierra la principal ocupacion del sabio, si no es concentrarse, por decirlo así, en lo interior de su alma, y esforzarse à morir durante su vida? El unico medio que ha hallado la razon para preservarnos de los males de la humanidad es desprendernos de los objetos terrenales y de cuanto hay mortal en nosotros, envolvernos dentro de nosotros mismos, y encubrirnos à las contemplaciones sublimes. Y si son causa de nuestros infortunios, nuestras pasiones y nuestros errores, ¿con que ansia debemos suspirar por un estado que de unos y otros nos libre! ¿que hacen esos hombres sensuales que con tanta imprudencia multiplican sus tormentos con sus deleites? Aniquilan, por decirlo así, su existencia, à fuerza de dilatarla en la tierra, agravan el peso de sus cadenas con la muchedumbre de sus gustos; no disfrutan de nada sin prepararse mil amargas privaciones; cuanto mas gozan mas pa-

decan, y cuanto mas en la vida se en-
golfan mas desventurados son.

Pero sea, si quieren, generalmente
hablando un bien para el hombre ar-
rastrarse tristemente por la tierra; ven-
go en ello, y no pretendo que deba to-
do el linaje humano sacrificarse de una-
nime consentimiento, y convertir el
mundo en una vasta tumba. Existen,
existen desventurados sobrado privilegia-
dos para que sigan el sendero comun;
para estos su desesperacion y sus acer-
bos quebrantos son el pasaporte de la
naturaleza, y fuera en ellos tan desati-
nada cosa creer que es un bien su vida,
como lo era en el sofista Posidonio ator-
mentado por la gota negar que fuese
esta un mal. Mientras que nos es grata
la vida estamos muy adheridos á ella;
solo la conciencia de los males mas crue-
les puede mas con nosotros que el amor
natural de la vida, porque hemos debi-
do todos á la naturaleza un invencible
horror á la muerte, horror que encub-
re á nuestra vista las miserias de la
condicion humana. Se aguanta mucho
tiempo una penosa y dolorosa vida antes
de determinarse á abandonarla; pero
cuando llega á poder mas el hastio de
vivir que el horror de la muerte, en-
tonces evidentemente es la vida un mal
cruel, y es menester acelerarse á liber-
tarse de ella. De suerte que aunque no
sea posible señalar con exactitud el pun-
to en que deja de ser un bien, se sabe
á lo menos con certidumbre que es un
mal mucho tiempo antes que nos lo pa-
rezca, y en toda persona juiciosa pre-
cede siempre á la tentacion el derecho
de abandonarla.

No paran aqui; despues de haber ne-
gado que pueda ser un mal la vida para
quitarnos la facultad de deshacernos de
ella, dicen luego que es un mal para
echarnos en cara que no le podamos lle-
var en paciencia. Segun ellos es cobar-
dia zafarse de sus quebrantos y sus pe-
nas y solamente los medrosos se dan la
muerte. ¡O Roma, conquistadora del
orbe, que muchedumbre de medrosos

te grangeó su imperio! Sean de este nu-
mero Arria, Espolina y Lúrcia; al
cabo eran mugeres; pero Bruto, pero
Casio, y tú que con los dioses partas
el respeto de la tierra atomita, mag-
nimo y divino Caton, tú cuya sagrada
y augusta imagen inflamaba en santo fe-
vor á los Romanos, y hacia estremece-
r á los tiranos, no pensaban tus soberbios
admiradores que un dia en los sucesos
rimones de un colegio probarian unos
viles pedantes que fuiste un cobarde por
haber negado al delito feliz el homenaje
de la virtud aherrojada. ¡O fuerza y
grandeza de los escritores modernos,
que sublimes sois, y que intrepidos ellos
con la pluma en la mano! Pero, dime,
heroe valiente y esforzado que tan de-
nodadamente das á huir en la pelea para
sufrir mas tiempo el trabajo de vivir,
cuando sucede caerte un tizon encendido
en esa elocuente mano, ¿por que la reit-
ras tan presto? Que; tienes la cobardia
de no atreverte á sufrir el ardor del fue-
go! cosa ninguna, dices, me obliga á
sufrir el tizon. ¿Y á mí quien me obliga
á sufrir la vida? costó mas la generacion
de un hombre á la Providencia que la
de una paja? no son uno y otro igual-
mente obra suya?

Sin duda es esfuerzo padecer con
constancia los males que no se pueden
evitar: pero solo un frenetico aguanta
voluntariamente aquellos de que puede
eximirse sin obrar mal, y no pocas ve-
ces aguantar sin necesidad un mal es
mal gravissimo. El que no sabe librarse
de una dolorosa vida con una presta
muerte, se parece á aquel que mas quiere
dejar envenenar una laga que entregarse
al salubifero hierro del cirujano. Ven,
respectable Parisot (1), cortame esta
pierna que me quitaria la vida, te vere
operar sin cerrar los ojos, y dejare que
me denueste como á cobarde el valiente
que deja que se pudra la suya por no
atreverse á arrostrar la misma opera-
cion.

No niego que haya obligaciones con
otro que á tal ó cual no permitan que

(1) Cirujano de Leon de Francia, hombre honrado, buen ciudadano,
tierno y generoso amigo.

de sí propio disponga; pero en cambio,
¿cuantas hay que lo mandan! Sacrifi-
quense á su obligacion, cualquiera des-
gracia que les suceda, un magistrado de
quien pende la salud de la patria, un
padre de familias que debe á sus hijos
la subsistencia, un deudor insolvente
que dejaria perdidos á sus acreedores,
precisen en buen hora otras mil relacio-
nes domesticas y civiles á un desventu-
rado á aguantar la desdicha de vivir para
evitar la desdicha mayor todavia de ser
justo, ¿es licito por eso en casos en-
teramente distintos conservar á costa de
un tropel de miserables una vida que
solo para el que no se atreve á morir es
util? Matame, hijo mio, dice al salvaje
caduco á su hijo que le lleva á cuevas y
vacla con la carga, allí estan los ene-
migos; vete á pelear con tus hermanos,
vete á librar á tus hijos, y no espongas
á tu padre á que caiga vivo en manos
de aquellos cuyos parientes se ha comi-
do. Aun cuando el hambre, los acha-
ques y la miseria, enemigos domesticos
peores que los salvajes, permitiesen á
un infeliz estropeado consumir en su
casa el pan de una familia que apenas
para sí puede ganarle, ¿aquel que con
nada está conexo, aquel que redujo el
cielo á vivir solo en la tierra, aquel cuya
malhadada existencia ningun beneficio
puede traer, porque no ha de tener á
lo menos derecho para abandonar una
mansion donde son impertinentes sus
quejas, y sin provecho sus infortunios?

Pese V., Milord, todas estas consi-
deraciones, reuna todas estas razones, y
hallará que se reducen al mas sencillo
de los derechos naturales que jamas re-
vocó en duda un hombre de juicio. Efec-
tivamente, ¿por que ha de ser permitido
curarse de la gota, y no de la vida? no
nos vienen una y otra de la misma mano?
Si es penosa cosa la muerte, que im-
porta eso? son gratos al gusto los reme-
dios? ¿Cuantos hay que mas quieren
morir que medicinarse! prueba de que
á la naturaleza entrambas cosas le re-
pugnan. Pues que me hagan ver como
es mas licito librarse de un mal efmero
haciendo remedios que de uno incurable
quitandose la vida, y como es me-
nos

culpado quien toma quina para la calen-
tura, que opio para la piedra. Si al ob-
jeto atendemos uno y otro son libranos
de un mal; si á los medios, uno y otro
son igualmente naturales; si á la repug-
nancia, igual la tenemos á ambas cosas;
si á la voluntad del amo, ¿que mal que-
remos combatir que no haya el enviado?
¿que dolor sustraernos que de su mano
no venga? cual es el limite que su poder
acota, y donde es posible legitimamente
resistirle? no nos es licito mudar el es-
tado de esa ninguna, porque todo
cuanto existe, existe como él quiso? no
hemos de hacer nada en este mundo por
temor de quebrantar sus leyes? y cual-
quiera cosa que hagamos podemos nunca
quebrantarlas? No, Milord, mas alta y
mas noble es la vocacion del hombre;
no le animó Dios para permanecer inmo-
ble en un eterno quietismo, sino que le
dió la libertad para practicar lo bueno,
la voluntad para quererlo, y la razon
para elegirlo; le constituyó unico juez
de sus propias acciones; y escribió en
su corazon: haz lo que sea provechoso
para tí y no perjudique á nadie. Si en
mi sentir es bueno para mí el morir, re-
sisto á sus ordenes empuñandome en vi-
vir, porque haciendo que desee la muer-
te me manda Dios darnela.

Bomston, apelo á la sabiduria y al
candor de V., ¿que maximas mas ciertas
acerca del suicidio voluntario puede
de la religion deducir la razon? Si los
cristianos otras contrarias han asentado,
no las han sacado ni de los principios
de su religion, ni de su norma unica
que es la escritura; sino solo de los fi-
lososofos paganos. Lactancio y Augustin,
que fueron los primeros que sustentaron
esta nueva doctrina, de la cual no ha-
hian dicho una palabra ni Jesucristo, ni
los Apostoles; solo en el argumento del
Fedon, que ya he combatido se apoyaron;
de suerte que los fieles que creen
seguir en esto la autoridad del Evange-
lio solo siguen la de Platon. Efectiva-
mente, ¿donde se encontrará en toda la
Biblia una ley ó una mera desaprobacion
contra el suicidio? y no es cosa estraña
que en los ejemplos de personajes que
se han dado la muerte no se halle ni una

espresion siquiera de vituperio de ninguno de estos ejemplos? Mas hay: el de Sanson está autorizado con un portentoso que le venga de sus enemigos. ¿Estaría destinado este milagro a justificar un delito? y el hombre que perdió sus fuerzas por haberse dejado seducir de una muger las hubiera recuperado para cometer una atrocidad auténtica, como si el mismo Dios hubiera querido engañar a los hombres?

No matarás, dice el decalogo: ¿Que se infiere de eso? Si se ha de entender a la letra este precepto, no deberán matarse los malhechores ni los enemigos; y Moises que a tantos dió la muerte muy mal obedecía a su propio mandamiento. Si hay algunas escepciones cierto que la primera es la del suicidio voluntario, porque está exento de injusticia y violencia, las dos únicas razones que pueden hacer criminal el homicidio, y porque la naturaleza opuso al primero suficientes obstáculos.

Tambien nos dicen, sufrid con paciencia los males que Dios os envia; convertid en merito vuestros trabajos. ¿Que mal comprende el espíritu del cristianismo quien así sus maximas aplica! Sujeto está el hombre a mil males, es su vida un tejido de miserias, y parece que solo para padecer ha nacido. De estos males quiere la razon que evite los que puede, y lo aprueba la religion que nunca a la razon es contraria. Pero que reducida es su suma respecto a los que se ve forzado a sufrir contra su vo-

(1) ¿Que estrana carta para la deliberacion de que se trata! ¿Se discute con tanto sosiego en semejante cuestion, cuando se examina con relacion a uno propio? Es apócrifa la carta, ó quiere solo su autor que le refuten? Lo que puede dejar duda es el ejemplo de Robeck que cita, y que parece que autoriza el suyo. Robeck deliberó con tanto espacio, que tuvo paciencia para componer un libro, y libro muy voluminoso, muy prolijo, muy pesado, muy fútiloso, y cuando a su parecer hubo probado que era licito quitarse la vida, se la quitó con el mismo sosiego. Desconfiemos de las preocupaciones de los pueblos y los siglos. Cuando no es moda matarse se imagina la gente que los frenéticos solos se matan, todas las acciones esforzadas son otras tantas quimeras para los animos flacos. Cada uno juzga de los otros por sí propio; sin embargo, ¿cuantos ejemplares bien probados tenemos de sujetos prudentes en cualquier otra materia, que sin remordimiento, sin furor, sin desesperacion, renuncian la vida únicamente porque les es gravosa, y mueren con mas tranquilidad que han vivido!

luntad! Estos permite un Dios elemento a los hombres que los convierten en merito; acepta como voluntario homenaje el tributo forzado que nos impone, y cuenta como adquisicion para la otra vida nuestra resignacion en esta. La naturaleza impone al hombre la verdadera penitencia; si lleva con paciencia todo cuanto esta precisado a sufrir, ha cumplido en esa parte con cuanto le pide Dios; y si alguno es tan soberbio que pretende hacer mas, ó es un loco que merece un encierro, ó un picaro digno de castigo. Asi evitemos sin escrupulo todos los males que podemos evitar, que sobrados nos quedarán todavía que padecer. Libremonos sin remordimiento hasta de la vida, al punto que en mal nuestro se convierta, pues que pende de nosotros el hacerlo, y que en esto no ofendemos ni a Dios ni a los hombres. Si exige un sacrificio el Ser supremo, ¿no es bastante sacrificio el morir? Ofrezcamos a Dios nuestra muerte que por la voz de la razon nos prescribe, y derramemos en paz en su seno nuestra alma que nos pide para si.

Estos son los preceptos generales que dicta el sentido comun a todos y autoriza la religion. Vengamos a nosotros (1). V. se ha dignado de franquearme su corazon, conozco sus penas, y se que no menos que yo padece, los males de V. son sin remedio como los míos, eso mas irremediables que las leyes del honor son mas invariables que las de la fortuna.

Confieso que los sufrí V. con entereza: la virtud le sustenta; dé V. un paso mas y le libra. Me exhorta V. a que padezca; Milord, yo me atrevo a exhortarle a que ponga fin a sus tormentos, y dejo a su juicio quien de nosotros dos quiere mas uno a otro.

¿A que tardamos en dar un paso que al cabo es necesario dar? Aguardaremos a que la vejez y los años nos enclaven torpemente a la vida, despues de habernos privado de todos sus atractivos, y que con trabajo, ignominia y dolor arrastremos un cuerpo achacoso y caduco? Somos de una edad en que facilmente el vigor del alma la desata de sus grillos, y en que todavía sabe el hombre morir; mas tarde se deja llorando arrancar la vida. Aprovechemonos de un tiempo en que el hastio de vivir nos hace desear la muerte, y temamos que venga con sus horrores en el instante que mas nos repugna. Yo me acuerdo que hubo un momento que una hora sola pedia al cielo, y hubiera muerto desesperado, si no la hubiera alcanzado. ¿Ah, que de pena cuesta romper los lazos que añadan nuestro corazon con la tierra, y que prudente es abandonarla asi que se han roto! Milord; mi corazon me dice que somos ambos dignos de morada mas pura, la virtud nos la señala, y la suerte nos convida a buscarla. En nuestra ultima hora nos unirá la amistad que nos ha estrechado. ¡Oh, que deleite para dos amigos verdaderos rematar voluntariamente sus dias en brazos uno de otro, confundir sus postreros suspiros, y exhalar a una las dos mitades de sus almas! ¿Que pena, que sentimiento pudiera acibarar sus ultimos momentos? que es lo que en este mundo dejan? Jun- tos se van, y no dejan nada.

GARTA XXII.

RESPUESTA.

¡O joven! un delirio ciego te desearria, sé mas prudente, y no aconsejes, cuando solicitas consejo; otros males he conocido yo que los tuyos. Tengo constancia; soy ingles. Sé morir, porque sé vivir, y sufrir como hombre. He visto

de cerca la muerte, y la contemplo con sobrada indiferencia para ir en su demanda. Hablemos de tí.

Verdad es que te necesitaba; mi alma habia menester de la tuya; podiam serme utiles tus cuidados; tu razon me podia iluminar en el lance mas importante de mi vida; si no me valgo de ella ¿de quien te quejas? donde está? que se ha hecho? que ha sido de tí? para que vales en el estado en que te hallas? que servicio puedo aguardar de tí? Un desatinado dolor te torna despiadado y estúpido; no eres un hombre, no eres nada; y si no mirara a lo que puedes ser, tal cual eres no veo cosa en el mundo que ménos valga que tú.

No quiero otra prueba que tu propia carta. Otro tiempo encontraba en tí juicio y verdad; eran rectos tus sentimientos; pensabas con exactitud, y no solo te amaba por inclinacion sino por razon, y como un medio mas que en tí hallaba de cultivar la sabiduria. ¿Que he visto ahora en los silogismos de esa carta que al parecer te tiene tan ufano? Un perpetuo miserable sofisma que por el desvario de tu razon denota el de tu corazon, y que ni siquiera me dignaria de rebatir si no tuviera lastima de tu delirio.

Para derribar todo eso con una palabra, solo una cosa quiero preguntarte: tú que crees que Dios existe que el alma es inmortal, y el hombre libre, no piensas sin duda que un ser inteligente reciba un cuerpo y sea colocado sin destino en la tierra solo para vivir, padecer y morir; acaso tiene la vida humana su blanco, su fin y su objeto moral. Te suplico que me respondas con claridad acerca de este punto, despues examinaremos frase por frase tu carta, y te sonrojarás de haberla escrito.

Pero dejemos aparte las máximas generales, con que frecuentemente se mete mucho ruido sin adoptar nunca ninguna; porque siempre se halla en la aplicacion alguna condicion particular, que de tal modo varia el estado de cosas, que cada uno se cree con dispensa de seguir la regla que a los demas prescribe, y bien sabemos que todo aquel